

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

Los jóvenes y el desempleo en Montevideo

*Rubén Kaztman**

La crisis desatada a partir de 1981 ha tenido efectos considerables sobre la situación laboral de los jóvenes, agravando fenómenos que se venían manifestando de tiempo atrás. La primera consecuencia destacable es que empuja a los jóvenes hacia el mercado de trabajo, lo que aumenta sus tasas de participación. Este fenómeno, que se manifiesta de manera general, cobra mayor importancia aún en las mujeres, quienes dejando de lado tradicionales obstáculos discriminatorios, procuran encontrar un empleo. Sin embargo, la oferta de empleo no ha respondido a las expectativas, dando lugar a un alza importante del desempleo juvenil y, en especial, de los que buscan trabajo por primera vez. También aumenta el número de estudiantes porque se supone que la educación formal sigue siendo un medio decisivo para incorporarse al trabajo; del mismo modo, también se eleva la proporción de estudiantes que procuran encontrar empleo.

Estas circunstancias poco favorables están provocando, a su vez, consecuencias de largo alcance y de diversa naturaleza. El autor subraya la importancia que ha tomado la emigración a otros países como forma de concretar aspiraciones que el propio no puede satisfacer; dicho proceso, que ha alcanzado un gran dinamismo, extrae del país la savia juvenil que constituye un ingrediente indispensable para la transformación del estilo de desarrollo que está en la raíz de los problemas mencionados.

*Funcionario de la Oficina de la CEPAL en Montevideo.

Introducción

Cualquier análisis de la situación de la juventud en el Uruguay debe partir del reconocimiento de algunos rasgos básicos de la estructura económica y socio-demográfica del país.

En primer lugar, desde mediados de la década del cincuenta el Uruguay ha buscado infructuosamente un modelo de desarrollo que combine en forma adecuada sus recursos naturales y humanos y que reemplace al de "sustitución de importaciones". Desde ese período, el estancamiento de la economía se reflejó, entre otras cosas, en el débil crecimiento que exhibió el producto bruto interno por habitante, el que, con excepción del lapso 1975-1980, fue inferior al promedio de los países de América Latina.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta el grado de envejecimiento de la estructura de edad. En 1985, la proporción de jóvenes en el total de la población en edad activa era, para la región, del 35%; para el Uruguay sólo alcanzaba al 23.1%. Paralelamente, el país exhibió la proporción más alta de personas mayores de 65 años en América Latina. En 1980, este grupo representaba alrededor de un quinto de la población total del país. Tal cifra contrastaba fuertemente con el promedio regional, que para esa fecha era de menos de uno de cada diez personas. La pronunciada gravitación de los adultos, reflejo de una sostenida debilidad de la dinámica demográfica uruguaya, redujo las oportunidades para que los jóvenes asumieran roles de responsabilidad, y para que la sociedad incorporara, de ese modo, potencialidades de transformación innovadora.

En tercer término, el desarrollo social del país aventajó claramente su desarrollo económico. El desajuste creciente entre estas dos dimensiones se reflejó, en particular, en la constante expansión que mostró la cobertura educacional pese al estancamiento del aparato productivo (Taglioretti, 1977), lo que trajo como consecuencia aspiraciones que no pudieron cumplirse mediante una apropiada inserción en la estructura ocupacional.

En cuarto lugar, y producto del entrecruzamiento de los tres fenómenos antes mencionados, en la década del sesenta comenzó a manifestarse una aceleración gradual de la emigración internacional, al punto que entre 1963 y 1975 se

estima que salieron del país unas 218 000 personas, aproximadamente un 8% del total de la población uruguaya (Wonsewer y Teja, 1983). La mitad de ellas tenía menos de 25 años de edad (DGEC, 1983). Es muy probable que hayan emi-

grado a otros países precisamente los jóvenes más educados y emprendedores, lo que implica una pérdida significativa y selectiva de los recursos humanos nacionales y, por ende, una mayor reducción de la potencialidad de cambio.

I

Participación de los jóvenes en el mercado de trabajo de Montevideo

1. Su peso relativo

Los datos sobre la estructura de la población económicamente activa de Montevideo muestran que entre 1970 y 1984 el peso relativo de los jóvenes ha aumentado del 20% al 21.6%. La evolución de este crecimiento fue diferente para hombres y mujeres. Los hombres jóvenes en la fuerza de trabajo ascendían al 13.3% y 13.2% en 1972 y 1973, respectivamente, y se redujeron a 12.3% en 1974-1975, seguramente por la fuerte corriente migratoria de esos años. Luego nuevamente la cifra creció, hasta el 13.3% en 1977 y 1978, para decaer a partir de 1981 a niveles inferiores de los de 1970 (12.1%). Las mujeres jóvenes ocupadas mostraron también un crecimiento hasta 1977 (9.9%). Su peso relativo luego cayó más lentamente que para los hombres, pero sin llegar a los niveles de los años iniciales de la serie. En 1983 y 1984 volvió a subir, alcanzando valores de participación relativa (9.5%) mayores que los de 1970 (7.3%).

El hecho más notable en todo este período es el vuelco de las mujeres al mercado de trabajo. En 1984 casi un 43% de los trabajadores eran mujeres, lo que contrasta fuertemente con el 31% a principios del decenio de 1970. Si bien esta irrupción masiva en la actividad económica se compone básicamente de mujeres mayores de 25 años, también las jóvenes aumentan su cuota en el mercado. Como ya se dijo, en 1970 constituían 7.3% de la fuerza de trabajo, mientras en 1984 llegaban a 9.5%.

El espacio relativo que ganan las mujeres lo pierden los hombres. Los varones adultos, que eran en 1970 el grupo mayoritario (56.5%), en 1984 pasaron a ser sólo un 45.2% de la PEA. En el mismo período los varones jóvenes redujeron su participación de 12.7% a 12.1%.

Las importantes fluctuaciones en el peso relativo de uno y otro grupo reflejaron las distintas formas de organización de los hogares y los individuos ante las vicisitudes de la economía y de la política.

2. Las tasas de participación

Al describir la evolución del peso relativo de los jóvenes en la fuerza de trabajo, cabe insistir en que la dinámica de crecimiento de una de las categorías (la de las mujeres adultas, en este caso) puede falsear la visión de conjunto. En efecto, el cuadro 1 muestra que, para ambos sexos y en todos los tramos de edad, la tasa refinada de participación¹ aumentó entre uno y otro extremo del período considerado. Incluso subió la tasa de los adultos de 25 a 54 años, cuyo peso relativo —como se dijo— había descendido. Este grupo, que en 1973 ya exhibía tasas muy cercanas al 100% (94.8% en 1973), alcanza el 97.2% en 1984.

La participación de la juventud montevideana se ajustó a esta tendencia general. Su tasa creció en forma sostenida, del 40.3% en 1973 al

¹El porcentaje de activos sobre la población total de ese tramo de edad y sexo.

Cuadro 1
MONTEVIDEO: TASAS REFINADAS DE PARTICIPACION POR AÑO, SEGUN EDAD Y SEXO

Grupos de edad	1973 ^a	1974/ 1975 ^b	1976	1977 ^a	1978	1979	1981 ^c	1982	1983	1984
<i>Total mujeres</i>	28.0	30.4	35.9	37.8	36.0	36.6	41.8	42.0	43.3	44.8
14 a 24	30.3	34.8	44.8	47.5	44.4	44.6	48.1	47.2	49.0	50.6
14 a 19	17.9	24.2	31.4	32.3	30.4	31.7	31.7	28.8	30.9	30.9
20 a 24	48.5	50.5	62.5	64.9	62.5	63.0	66.4	68.4	69.1	71.9
25 a 54	38.7	42.6	49.7	51.8	51.8	52.2	57.1	58.3	61.5	63.8
55 a 64	12.8	13.9	19.3	20.8	18.1	20.5	25.1	24.6	24.9	28.0
64 y más	2.4	3.3	3.6	4.7	4.0	3.6	6.1	6.7	5.6	6.2
<i>Total hombres</i>	72.4	71.2	73.8	74.5	73.1	72.3	75.2	75.0	74.3	74.9
14 a 24	58.2	57.0	63.0	67.9	66.6	66.2	68.4	66.6	67.0	67.6
14 a 19	41.0	41.3	44.1	51.1	48.8	49.3	50.0	48.2	46.4	48.0
20 a 24	86.4	84.3	89.1	90.6	89.7	89.8	90.4	88.9	90.0	89.8
25 a 54	94.8	95.0	96.8	96.6	96.4	96.2	95.9	96.6	96.9	97.2
55 a 64	58.6	61.0	67.8	70.2	67.0	65.5	67.9	68.8	68.3	69.7
65 y más	17.9	18.2	19.9	17.3	16.3	16.4	20.6	22.7	18.5	21.3
<i>Total ambos sexos</i>	48.2	48.7	52.9	54.2	52.9	53.0	56.7	56.9	57.2	57.8
14 a 24	40.3	45.5	53.7	55.3	54.9	54.9	57.8	56.7	57.8	58.9
14 a 19	29.7	32.7	37.7	39.1	39.1	39.8	40.7	38.5	38.4	39.4
20 a 24	66.8	66.0	75.4	76.9	75.5	75.9	77.6	78.3	79.2	80.5
25 a 54	64.0	65.7	70.1	71.2	71.6	71.9	74.7	75.5	77.6	78.8
55 a 64	33.2	35.0	40.9	42.3	38.8	39.8	44.4	44.3	44.3	46.2
65 y más	8.5	9.4	9.9	9.7	8.8	8.6	11.7	13.1	10.6	12.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras de la Dirección General de Estadística y Censos.

^a Primer semestre.

^b Agosto de 1974 a febrero de 1975.

^c Segundo semestre.

58.9% en 1984, y para ambos sexos: en las mujeres jóvenes, del 30.3% en 1973 al 50.6% en 1984, y en los varones jóvenes, del 58.2% al 67.6%, para los mismos años. O sea que, al final de este período, algo más de dos de cada tres varones jóvenes, y una de cada dos mujeres jóvenes, eran activos.

Si bien las cifras señaladas son notables, hay quizás un hecho aún más extraordinario, que refleja tanto la gravedad de la crisis vivida por la población de Montevideo como el grado de apertura posible del mercado laboral para la juventud: se trata del crecimiento de las tasas de participación de las mujeres adultas (25-54 años) y las de los adultos mayores (55 a 64 años). Las primeras aumentaron entre 1973 y 1984 de 38.7% a 63.8%, es decir casi en un 65%, lo que explica su actual peso relativo en la PEA. Los segundos pasaron del 33.2% en 1973 al 46.2% en 1984, con

pronunciado crecimiento tanto de las tasas femeninas como de las masculinas.

Es conveniente señalar que el nivel de las tasas de participación de los grupos de edad joven se aparta claramente de los promedios para las áreas urbanas de América Latina. Montevideo registra en el período una tasa promedio superior al 50%, con una proporción de jóvenes activos mucho mayor que la del sector urbano de los restantes países de la región (alrededor del 40%).

Se debe destacar también que, en el caso de las áreas urbanas uruguayas, las proyecciones realizadas por el CELADE anticipaban para los jóvenes tasas inferiores al 50%. Esto pone de manifiesto que los efectos de las transformaciones económicas y políticas modificaron la participación de los jóvenes en el empleo más allá de lo que podía anticiparse sobre la base de los patrones

demográficos y de la evolución "normal" de sus estructuras sociales.

El mercado de trabajo fue incorporando segmentos antes marginados de la población de Montevideo. Tal fue el caso, principalmente, de las mujeres adultas, pero también de los jóvenes y de los adultos de edad avanzada. Es importante destacar la consiguiente extensión del ciclo activo. En el caso de los mayores adultos (55 a 64 años), muy probablemente hubo un retorno de algunos jubilados o pensionados a la actividad o una postergación del retiro, lo que contribuyó a bloquear tanto la movilidad ascendente en las jerarquías ocupacionales, como la incorporación de los que buscaban trabajo por primera vez, y en consecuencia redujo las oportunidades de empleo para los jóvenes.

3. Posibles causas de la evolución de las tasas de participación juveniles en Montevideo

Las variaciones en las tasas de participación de los jóvenes pueden atribuirse a la combinación de tendencias estructurales y situaciones de coyuntura. Entre las primeras, suelen mencionarse la extensión de la cobertura educacional y el crecimiento de la participación de las mujeres. Entre las segundas, las situaciones de expansión o recesión de las economías y sus efectos sobre las condiciones de vida de los hogares. Examinaremos a continuación brevemente la significación relativa de estos factores en el caso uruguayo.

La expansión de la cobertura del sistema educacional, y el consiguiente aumento de la asistencia escolar, son invocados muchas veces como causa de las tendencias declinantes de la participación en la actividad económica de los adolescentes (15 a 19 años) en otros países de América Latina. El supuesto subyacente es el de una cierta incompatibilidad entre el rol productivo y el rol de estudiante. Entre 1981 y 1984 hubo en Montevideo un marcado aumento de la proporción de estudiantes, tanto entre los adolescentes como en los adultos jóvenes, de uno y otro sexo. Paralelamente, como se desprende del cuadro 1, se produjo una leve disminución de las tasas de participación de estos grupos, lo que parece confirmar el argumento inicial.

Sin embargo, otros datos permiten dudar: señalan que en el mismo período hubo un au-

mento de los estudiantes activos, cuya proporción entre los adolescentes de sexo masculino pasó de un 20% a un 27% y entre las mujeres de la misma edad de un 12% a cerca de un 15%, con tendencias similares entre los jóvenes de 20 a 24 años. Al examinar con mayor detalle la distribución por situación del empleo, sin embargo, se aprecia que en todos los subgrupos de edad y sexo se reduce la proporción de estudiantes efectivamente ocupados, y que lo que en realidad ha contribuido a aumentar sus tasas de participación ha sido el incremento de la proporción de cesantes y de personas que buscan trabajo por primera vez. En resumen, la mayor presencia de estudiantes en el mercado de trabajo en 1984 se deriva principalmente de un mayor peso de los estudiantes dentro de cada grupo de sexo y edad, y de una mayor búsqueda de trabajo, no de una efectiva ocupación.

La mayor o menor compatibilidad entre los roles de estudiante y trabajador debe examinarse a la luz del nivel de ajuste existente entre los contenidos de la enseñanza y la demanda del mercado, de las presiones ejercidas sobre los jóvenes para que generen ingresos, y del grado de permisividad que muestran ante estos dobles roles tanto las instituciones educacionales como las empresas que emplean estudiantes.

Cuanto mayor sea el ajuste entre el sistema educacional y el productivo, mayor es la posibilidad de capitalizar la capacitación laboral como inversión para el futuro desempeño de roles profesionales. Pero aún si el ajuste es débil, la mera participación en el mercado es positiva, en cuanto posibilita un mayor conocimiento de las normas que regulan su funcionamiento y una mayor socialización en las pautas que orientan las relaciones laborales.

El profundo y prolongado deterioro de las condiciones de vida de la población de Montevideo hace razonable suponer que hubo fuertes presiones para que los jóvenes contribuyeran al presupuesto familiar. En tales circunstancias, no es de extrañar que los estudiantes persistan en buscar trabajo aun cuando el panorama del mercado sea desalentador, y se mantengan alertas durante largos períodos ante cualquier alternativa de empleo. Al conseguirlo, deben decidir si mantener o no un doble rol de estudiante y trabajador, lo que depende, en gran medida, de la permisividad del sistema educativo y de las ven-

tajas y desventajas relativas de esa situación. La permisividad del sistema educativo uruguayo es alta, con restricciones mínimas para el ingreso y la permanencia en él, horarios especiales para acoger a los trabajadores y una gama bastante amplia de centros accesibles de estudios. Al medir las ventajas y las desventajas, debe tomarse en cuenta que la asistencia a un establecimiento educacional puede resultar —dependiendo de las condiciones económicas y sociales vigentes— la mejor inversión del tiempo libre, en términos de mayores oportunidades ocupacionales futuras y de acceso a posibilidades de sociabilidad, esparcimiento e intercambio con personas del sexo opuesto. Tiene además algunas ventajas materiales, como es en Montevideo el boleto del transporte a bajo costo para estudiantes, y el acceso a servicios y a diversas posibilidades de recreación a precios preferenciales. Todo ello debe motivar, particularmente a los cesantes, a mantener la condición de estudiante. Cuando el panorama de oportunidades de empleo es muy desalentador y por consiguiente no hay mayores expectativas de éxito en la búsqueda de trabajo, los jóvenes encuentran así un refugio temporal provechoso en los establecimientos educacionales.

Por otro lado, la principal desventaja de una inserción temprana en el campo laboral es sin duda la limitación que impone al estudio, así como la reducción de la gama de alternativas educacionales a que puede aspirar el joven trabajador, dado el escaso tiempo de que dispone.

Finalmente, se observa un aumento en la proporción de varones adolescentes y adultos jóvenes que no estudian, no trabajan ni buscan trabajo. Seguramente se trata de jóvenes que se han desalentado tras búsquedas infructuosas de empleo. La consideración de estos grupos y el seguimiento acucioso de los cambios en su situación merecen particular atención de la sociedad, puesto que la prolongada inactividad puede conducir a estados de marginación social difícilmente subsanables.

Como ya se dijo, otro de los factores ligados a tendencias estructurales que pueden explicar el aumento de las tasas juveniles es el crecimiento de la participación de las mujeres, particularmente entre los 20 y los 24 años.

Las tendencias estructurales que suelen asociarse a este fenómeno son los cambios en los

patrones demográficos —reducción de la fecundidad, modificaciones en las tasas de nupcialidad y en las edades en las que se contrae matrimonio— creciente vigencia de pautas culturales de mayor igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos, y el acceso a servicios y tecnologías que alivian o facilitan las tareas del hogar. Como ya se ha señalado, en el decenio de 1970 las tasas de participación femenina aumentaron en Montevideo a un ritmo notable. Lo acelerado de este ritmo de cambio es justamente lo que induce a dudar que éste responda sólo a modificaciones estructurales como las anteriormente mencionadas, las que en general se caracterizan por mostrar sus efectos lentamente y en períodos largos. También estimula esta duda el que todos los grupos de edad restantes experimentaran incrementos, aunque menores, en sus tasas de participación.

Tanto el ritmo del aumento de la actividad de las jóvenes, como la generalidad del fenómeno y los rasgos ya enunciados de la situación socioeconómica que vivió el país, parecen apuntar preferentemente a la acción de dos factores causales del crecimiento de las tasas de participación de las mujeres jóvenes: por un lado, el deterioro que sufrieron en el período considerado las condiciones generales de vida de los hogares y, por otro, los cambios en los patrones culturales con respecto al rol de la mujer en la familia y en la sociedad.

Puede postularse que el crecimiento general en las tasas de participación refleja un vuelco masivo de los miembros del hogar hacia las actividades que generen algún ingreso. Los efectos de la caída del salario real en la segunda mitad del decenio de 1970, agudizados en los primeros años del decenio siguiente, parecen haber empujado a los previamente inactivos a compensar la baja de los ingresos familiares mediante su trabajo.

Al interpretar las fluctuaciones de las tasas en el decenio recién pasado y en parte del actual, debe considerarse, además de la evolución del salario real, la evolución del producto, teniendo especialmente en cuenta que en la segunda mitad del decenio de 1970 coexistieron los bajos salarios reales con altas tasas de crecimiento del producto, lo que favoreció un mayor empleo.

En cuanto a los cambios en los patrones culturales, conviene recordar la baja proporción de hombres en Montevideo (por cada 100 mujeres hay 87 hombres, según el censo de 1985), la que es aún menor en algunas edades centrales. Esto refuerza la tendencia de la mujer a dejar su rol tradicional de ama de casa y a buscar una mayor independencia futura. La incorporación de la mujer al mercado de trabajo parece irreversible, por cuanto el deterioro de los ingresos familiares legitimó la entrada femenina al mundo laboral y liberó de barreras sociales la libre expresión de las aspiraciones de mayor y creciente independencia por parte de las mujeres. Sobre este punto se volverá más adelante.

4. *El desempleo juvenil*

a) *El peso de los jóvenes en el desempleo total*

Los jóvenes constituyen alrededor de un 20% del total de la fuerza de trabajo, y de un 50% del total de los desempleados. Estas proporciones no han sufrido mayor variación desde 1970; sin embargo, puede apreciarse una baja en la gravitación de los jóvenes en el desempleo a partir de 1975, determinada principalmente por un aumento constante de la desocupación de las mujeres adultas. En efecto, éstas pasan del 19.5% al 31.5% del total entre 1970 y 1984. El aumento notable de la participación femenina adulta parece haber sido, en consecuencia, paralelo a un incremento de las trabas para su incorporación efectiva en la estructura ocupacional.

En el caso de los varones jóvenes, se observa entre 1970 y 1984 un descenso significativo de su peso relativo en el desempleo total: casi 10 puntos porcentuales. Sería ingenuo pensar que a partir de 1970 la situación del mercado para estos jóvenes mejoró mucho más que para los otros grupos. Quizás, paradójicamente, sucedió lo contrario. Como se dijo en la introducción, en la sociedad uruguaya de las últimas décadas la emigración internacional constituyó un mecanismo para canalizar hacia el exterior el exceso de presión juvenil sobre el mercado de trabajo, y se vio fomentada por el deterioro de los salarios y un clima político que desalentó todo tipo de participación de la sociedad en la búsqueda de solu-

ciones a los problemas económicos y sociales. El descenso antes indicado debe interpretarse en este contexto, tomando en cuenta que la emigración afectó principalmente a los grupos de hombres jóvenes, y que fue muy significativa a mediados de la década del setenta, lo que coincidió con la baja más pronunciada que se registró en el peso relativo de los varones jóvenes en el desempleo total.

Con respecto a las mujeres jóvenes, resulta interesante señalar que su gravitación en el desempleo alcanza los niveles más altos en los momentos de mayor actividad económica del período (segunda mitad de la década del setenta), y cuando las tasas generales de desempleo mostraban una tendencia declinante. Como posible interpretación, puede decirse que el aumento de la actividad se produjo sin un aumento correlativo de salarios reales, y se mantenía en consecuencia la necesidad de que la mujer joven complementara con su trabajo los ingresos del hogar; se veía aún más inducida a ello por la expansión de las oportunidades de empleo. También es conveniente tener presente el efecto ya mencionado de los cambios en los patrones culturales. En todo caso, las tendencias hacia la participación así estimuladas fueron mayores de las que el mercado podía absorber, lo que generó un aumento del peso relativo de la mujer joven en el desempleo.

b) *Evolución de las tasas de desempleo de los jóvenes*

Entre 1970 y 1984, las tasas de desempleo abierto reflejan las vicisitudes de la actividad económica: alcanzan un máximo en 1976, descienden entonces hasta 1981 y a partir de ese año, impulsadas por la crisis, ascienden a niveles no observados previamente en el período.

Las tasas de los hombres y mujeres jóvenes muestran tendencias similares a las generales, pero a niveles significativamente superiores. Cabe destacar, reforzando lo ya dicho, que las tasas de las mujeres jóvenes no se apartan significativamente de la de los hombres de su edad hasta mediados de la década del setenta. A partir de entonces las diferencias son grandes, y alcanzan en 1984 casi doce puntos porcentuales.

Este crecimiento del desempleo entre las mujeres activas de 14 a 24 años está señalando

que éstas ejercen una presión persistente, en aumento, pero relativamente ineficaz, por incorporarse y mantener cierta estabilidad en el empleo. Mientras que en la primera mitad de la década del setenta había aproximadamente una joven desempleada por cada cinco empleadas, en la segunda mitad la proporción pasó a una de cuatro y finalmente, a partir de 1983, a una de cada tres: puede verse una fuerte resistencia de las jóvenes a dejarse vencer por el desaliento, pese a la progresiva frustración de sus expectativas de empleo. Tal imagen se refuerza a partir del examen del comportamiento de las tasas de las que buscan trabajo por primera vez: éstas se triplican entre 1981 y 1984, pasando de 7.8 a 21.0.

La situación es más grave cuanto menor sea la edad. En todo el período de 1981 a 1984, el número de las adolescentes (14 a 19 años) que buscaban trabajo por primera vez superó al número de las cesantes. En 1984, no obtenían ocupación cerca del 40% de las adolescentes con experiencia previa en empleos y que deseaban trabajar.

Las adultas jóvenes (20 a 24 años) parecían encaminarse en una dirección similar, ya que la tasa de las que buscaban trabajo por primera vez creció en el período mucho más que la tasa de desocupación.

Los adolescentes varones exhiben en todo este período tasas de desempleo menores que las mujeres, y los cesantes sobrepasan a los que buscan trabajo por primera vez hasta el último semestre de 1983. En 1984, la situación se revierte y el peso relativo de uno y otro grupo de desempleados toma una configuración similar a la de las adolescentes mujeres.

Finalmente, también en los adultos jóvenes se observa en el último semestre de 1984 un súbito incremento de los que buscan trabajo por primera vez, junto con una baja relativa de la tasa de desempleo.

En resumen, el examen de la información disponible apunta a la imagen de un mercado de trabajo crecientemente cerrado para los jóvenes. Tal bloqueo, que para las mujeres adolescentes fue un rasgo continuo de la situación laboral, se fue generalizando paulatinamente a otros grupos juveniles a medida que se agudizaba la crisis.

c) *El desempleo juvenil y la educación*

Hasta el momento se ha hablado de los jóvenes como si éstos constituyeran una categoría homogénea y sus miembros estuvieran igualmente afectados por las vicisitudes de la situación económica. Sólo se ha distinguido entre los jóvenes que asisten y los que no asisten a establecimientos educacionales, pero sin diferenciar niveles, meramente con el propósito de examinar la compatibilidad entre el rol productivo y el rol de estudiante, y de proponer algunas reflexiones sobre el papel de la educación en una situación de crisis.

Sin embargo, es evidente que las posibilidades de participación en el mercado de trabajo y las formas específicas de inserción en él varían según los niveles de instrucción de los jóvenes. Para éstos, cuya experiencia ocupacional es escasa, el nivel de instrucción resulta un buen indicador de la calificación; al mismo tiempo, es un indicador indirecto del estrato social de los hogares de donde provienen.

Con el propósito de aislar el efecto de los esfuerzos educacionales de los jóvenes sobre su situación en el mercado de trabajo, hemos excluido de este análisis aquellos que en el momento de la encuesta asistían a alguna institución de enseñanza.

El resultado más general que se deriva de los datos de las encuestas es que cuanto mayor sea el nivel educacional, mayor es la tasa de participación y menor la tasa de desempleo, y que estas tendencias han sido fortalecidas por los efectos de la crisis económica. Además, tanto en hombres como en mujeres, pero particularmente entre estas últimas, los logros educacionales no sólo implican una mayor posibilidad de permanencia en el mercado de trabajo, sino también mayores oportunidades de incorporarse a él.

Aún más importante, en el análisis de las relaciones entre educación y situación de empleo, resulta comprobar la diferencia entre mujeres y hombres en cuanto a las barreras que encuentran para acceder al mercado. Al ordenar al conjunto de los jóvenes por categorías de sexo y nivel educacional, atendiendo a las cifras de sus tasas de empleo en 1984, se obtiene el orden que figura en el cuadro 2.

Cuadro 2
MONTEVIDEO: TASAS DE DESEMPLEO
EN LA PEA DE 14 A 24 AÑOS
(Porcentajes)

	Categorías por sexo y nivel educacional	
	1981	1984
Mujeres con educación primaria	19.8	41.4
Mujeres con alguna educación secundaria	15.6	35.8
Mujeres con educación técnica ^a	15.2	26.4
Mujeres con educación secundaria completa o universitaria	9.0	20.9
Hombres con educación primaria	12.9	19.8
Hombres con educación técnica ^a	10.4	15.6
Hombres con educación secundaria completa o universitaria	11.7	13.4
Hombres con algo de educación secundaria.	9.2	12.7

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras de la Dirección General de Estadística y Censos.

^a Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU).

El cuadro 2 permite apreciar el significativo efecto discriminatorio de los mecanismos de acceso al mercado ocupacional sobre las mujeres. También se desprende del cuadro que uno de los efectos de la crisis fue acentuar aún más la situación previa de discriminación, e incluso "poner en su lugar" a las mujeres con altos niveles educacionales; en 1984, éstas pasan a exhibir tasas de desempleo algo mayores que las de los hombres con los niveles educacionales más bajos.

En la evaluación de este efecto discriminatorio del mercado de trabajo debe asimismo tenerse en cuenta que en cada uno de los niveles educacionales considerado la remuneración de las mujeres es inferior a la de los hombres. Sin embargo, como se ha visto, ni aún el menor costo de la mano de obra femenina basta para mejorar su situación de empleo.

d) Comportamiento de hombres y mujeres jóvenes ante la escasez de empleos

Cabe señalar que, a diferencia de los hombres jóvenes, las mujeres en este grupo de edad no parecen desalentarse ante la escasez de las oportunidades de empleo, sino al contrario: sus

tasas de participación aumentan con la crisis, junto con el aumento de las tasas de los que buscan trabajo por primera vez. Puede verse aquí un comportamiento claramente diferenciado entre ambos sexos. Enfrentado a un profundo deterioro de la situación de empleo, un segmento de la fuerza laboral masculina, sea cual sea su nivel de instrucción, se retira del mercado de trabajo, y se produce en consecuencia la disminución de la tasa de participación del grupo. Las mujeres, en cambio, responden con mayor participación a una situación de mercado que se presenta más grave que la que enfrentan los hombres.

Las razones de esta diferencia en el comportamiento de ambos sexos no son evidentes. Ciertamente no hay base para afirmar que la resistencia de las mujeres jóvenes a abandonar el mercado se debe a su mayor compromiso con las estrategias de sobrevivencia de los hogares más afectados por la crisis. Más aún, los datos de las encuestas de hogares de 1985 muestran un aumento de las tasas de participación femenina, aun cuando paralelamente registran un incremento claro del salario real y de los ingresos familiares. Esto lleva a pensar que, si bien el deterioro del ingreso familiar pudo haber actuado en su momento como detonador de la salida de la mujer al mercado de trabajo, otras fuerzas han surgido con posterioridad para consolidar el proceso.

Un camino más interesante de explicación parece ser el de los cambios en los patrones culturales que orientan el comportamiento femenino. En primer lugar, las pautas tradicionales respecto del papel esencialmente doméstico de la actividad de la mujer se han debilitado por el efecto combinado de procesos culturales, sociales y económicos. En segundo término, la emigración predominantemente masculina ha desequilibrado la relación numérica entre los sexos, y ha hecho más difícil la constitución de parejas: se ha creado así una situación demográfica nueva que socava las condiciones para el mantenimiento del rol tradicional de la mujer, y la obliga a buscar una mayor independencia económica. Finalmente, debido sobre todo al mantenimiento de algunas pautas tradicionales de la sociedad montevidense, las oportunidades de sociabilidad son menores para las mujeres jóvenes que no trabajan. Por ejemplo, los hombres jóvenes encuentran a sus pares en la calle, el café, el club, y en los eventos deportivos en que participan como acto-

res o formando parte de un grupo de observadores; las mujeres, en cambio, encuentran fuertes limitaciones culturales para ampliar sus contactos con otras mujeres, y con hombres, fuera de los lugares de enseñanza y de trabajo. En resumen, en estas circunstancias, las mujeres que no asisten a instituciones de enseñanza parecen tener una triple motivación para ingresar al merca-

do laboral: la colaboración con los esfuerzos por aumentar los ingresos familiares; el deseo de una mayor autonomía e independencia, ligado a cambios demográficos y continuamente alimentado por las nuevas imágenes del papel de la mujer en la sociedad, y el acceso a lugares donde pueda mantener interacciones estables con sus pares y posiblemente encontrar pareja.

II

La inserción ocupacional de los jóvenes

Al igual que en otras ciudades de América Latina, la mayoría de los jóvenes y adultos que trabajan en Montevideo lo hace en relaciones de dependencia en el sector privado o en el público. En los últimos años, y coincidiendo con la iniciación de la crisis, se ha podido observar, sin embargo, un aumento significativo de los empleados por cuenta propia y de los trabajadores familiares no remunerados. En efecto, entre los segundos semestres de 1981 y 1984, los no asalariados pasan del 23% al 26% de la fuerza de trabajo.

Los cambios en el peso relativo de los asalariados han acompañado las vicisitudes de la economía. Uno de los efectos de la dinamización de ésta en la segunda mitad de los años setenta fue el aumento de la proporción de mano de obra joven y adulta en relación de dependencia. La crisis, cuyos efectos comenzaron a insinuarse en 1981, revirtió la tendencia, que se expresó entonces en un mayor peso relativo de los empleados por cuenta propia y los trabajadores familiares no remunerados en ambos grupos.

La observación más detallada de la evolución de la distribución de los jóvenes según categorías ocupacionales permite señalar un significativo incremento de la proporción de trabajadores jóvenes en el sector público durante los años setenta. Tal incremento fue paralelo a una disminución de empleados por cuenta propia y trabajadores familiares, no remunerados. En cambio, entre los trabajadores adultos aumentó considerablemente la proporción de asalariados priva-

dos, a expensas de las otras categorías, fundamentalmente la de los asalariados públicos.

Una primera interpretación de estos datos es que, como consecuencia de la reactivación de la economía, de la aplicación de criterios políticos-ideológicos para contratar y reemplazar a los trabajadores del Estado y del aumento del personal de las fuerzas armadas y del orden, hubo un desplazamiento de adultos hacia el sector privado y de jóvenes hacia el sector público. Cuando comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis, cambió la dirección de estos procesos: aumentó el empleo por cuenta propia y el trabajo familiar sin remuneración.

La crisis también afectó la capacidad relativa de absorción de empleo de los diversos sectores de actividad. Por un lado se redujeron considerablemente los empleos en la producción de bienes (agricultura, industria y construcción), en los servicios como el agua, el gas y la luz, y también en los establecimientos que principalmente prestaban servicios a empresas. La transferencia de trabajadores se hizo, en su mayoría, hacia el comercio y los servicios sociales y personales.

1. Los hombres jóvenes

Como se señaló anteriormente, entre 1981 y 1984 los hombres jóvenes redujeron su participación en la actividad económica, pasando de

Cuadro 3
 MONTEVIDEO: PRINCIPALES CATEGORIAS DE INSERCIÓN OCUPACIONAL
 EN LAS QUE ESTAN SOBERRREPRESENTADOS* LOS JOVENES
 (Porcentajes)

Segundo semestre de 1981			Segundo semestre de 1984		
Categoría	Porcentaje del total del empleo juvenil	Porcentaje del total de la categoría	Categoría	Porcentaje del total del empleo juvenil	Porcentaje del total de la categoría
<i>Hombres de 14 a 24 años</i>					
Asalariado privado industria	30.9	17.5	Asalariado privado industria	23.1	14.4
Asalariado privado comercio	23.9	19.2	Asalariado privado comercio	21.4	21.7
Asalariado privado construcción	6.1	19.5	Trabajo familiar no remunerado transporte	4.7	17.8
Asalariado público transporte	4.5	22.1	Asalariado privado construcción	4.7	18.3
Asalariado público construcción	0.4	30.0	Trabajo familiar no remunerado comercio	2.8	17.2
			Trabajo familiar no remunerado servicios sociales y personales	1.2	22.5
			Trabajo familiar no remunerado industria	0.9	28.0
			Trabajo familiar no remunerado construcción	0.5	28.6
<i>Mujeres de 14 a 24 años</i>					
Asalariado privado servicios sociales y personales	23.6	15.6	Asalariado privado servicios sociales y personales	26.7	12.7
Asalariado privado Banco de Seguros, etc.	5.1	14.2	Asalariado privado industria	21.5	9.7
Asalariado público comercio	0.6	18.1	Asalariado privado comercio	20.4	15.2
			Trabajo familiar no remunerado comercio	2.6	11.5
			Trabajo familiar no remunerado servicios sociales y personales	0.7	10.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

* Ordenado según el peso relativo de las categorías en el total de activos de cada subgrupo de la población económicamente activa juvenil.

12.3% a 10.6% del total de la fuerza de trabajo ya incorporada al mercado.² Esta reducción fue paralela a un descenso de la gravitación del grupo dentro del total de asalariados públicos y privados producida por un traslado de sus miembros hacia el empleo por cuenta propia o el trabajo familiar no remunerado. Por otra parte, tanto en 1981 como en 1984, los jóvenes estaban sobrerrepresentados entre los asalariados privados de la industria, el comercio, la construcción y los servicios productivos (banca, seguros, inmobiliarios, servicios prestados a las empresas), y entre los asalariados públicos de la construcción y del transporte. No todas estas localizaciones tienen la misma importancia relativa para el empleo de los hombres jóvenes activos. Por ejemplo, entre los asalariados públicos de la construcción, la presencia masculina joven se presentaba en 1981 como un 30% del total de esa categoría, muy por encima de su cuota en la fuerza de trabajo total, que era del 12.3%. Sin embargo, ante esa cifra hay que considerar que el empleo público en la construcción tenía una gravitación muy baja (0.4%), sobre el total del empleo juvenil masculino. Distinto es el caso de los asalariados privados en el comercio y en la industria; si bien la sobrerrepresentación de los jóvenes aparecía como menor, estos puestos de trabajo absorbían el 23.9 y el 30.9%, respectivamente, de la masa activa de hombres jóvenes. La lectura simultánea del grado de sobrerrepresentación en cada categoría de inserción ocupacional y del peso relativo de esa categoría en el total del empleo de cada grupo de sexo y edad (cuadro 3), permite anticipar las repercusiones que tendría una política de reactivación sectorial que incrementara la capacidad de absorción de trabajadores jóvenes en cada tipo de inserción ocupacional.

El grado de sobrerrepresentación de los hombres de 14 a 24 años en las diversas categorías muestra en 1984 un cambio significativo. Mientras en 1981 había pocos jóvenes entre los trabajadores familiares no remunerados, en 1984 cinco de las ocho categorías de sobrerrepresentación juvenil correspondían a estos trabajadores. Desde otro ángulo, esto indica que el cre-

ciente bloqueo de los mercados de trabajo, inducido por la crisis, ha desplazado a los jóvenes hacia los sectores más marginales de la estructura productiva, como las pequeñas empresas familiares. Este hecho debe evaluarse, sin embargo, en el marco del panorama general del empleo, que muestra que sigue siendo reducido el porcentaje del empleo total correspondiente a tales unidades. Distinto es el caso de los asalariados en la industria y el comercio privados; si bien en 1984 se redujo la proporción de jóvenes entre los empleados de la industria, y esta categoría, a su vez, sufrió un fuerte descenso en cuanto a su capacidad relativa de absorber varones de 14 a 24 años, ambas ramas siguen reuniendo las mayores concentraciones de personas en este grupo de edad y sexo, lo que permite afirmar que cualquier aumento de la actividad económica en la industria y el comercio tendría repercusiones inmediatas sobre las oportunidades ocupacionales de los hombres jóvenes.

2. Las mujeres jóvenes

Como observación general se puede afirmar que las mujeres jóvenes se localizan, dentro de la estructura productiva, en forma más concentrada que los hombres de su misma edad.

En 1981, los empleos asalariados en el comercio, así como los servicios sociales, personales y productivos en el sector privado, constituían las categorías más importantes en las que estaban sobrerrepresentadas las jóvenes. También se concentraban en el empleo público en comercio, pero esta categoría era de escasísima gravitación en el total. Si bien la situación no varió mucho en 1984, es interesante señalar una reducción de la proporción de mujeres jóvenes en cada una de las categorías antes señaladas, acompañada de un aumento de la gravitación de cada una de dichas categorías en el empleo total de las mujeres jóvenes. Este hecho probablemente refleja la terciarización de toda la economía entre 1981 y 1984. Otra novedad en este último año fue el aumento de la participación relativa de las mujeres jóvenes en las categorías de trabajadoras familiares no remuneradas del sector terciario.

Desafortunadamente, no se dispone de in-

²No se incluye en estos datos a los que buscan trabajo por primera vez.

formación que nos permita seguir la evolución de las empleadas domésticas en el período, las

que, sin duda, constituyen una de las categorías ocupacionales más importantes para este grupo.³

III

Consideraciones finales

El fuerte y prolongado deterioro de las condiciones de vida de los hogares de Montevideo ha conducido a un vuelco masivo de sus integrantes al mercado de trabajo. Los jóvenes han contribuido a ello de manera sustancial: sus tasas de participación se han elevado a niveles más altos que lo usual en sus coetáneos de otros países de América Latina, y más altos, también, que las tendencias proyectadas para las áreas urbanas del Uruguay sobre la base de comportamientos anteriores.

Esta voluntad de participación no ha encontrado, sin embargo, un eco positivo en el mercado. Fuera del período de expansión de la segunda mitad de la década del setenta, las tasas de desempleo juveniles mantuvieron niveles sumamente altos, especialmente debido a la crisis desencadenada en 1981. Es importante recalcar que el problema del desempleo juvenil en Montevideo, si bien presenta agravamientos coyunturales, tiene ya en realidad características estructurales.

En el perfil de la situación de empleo de los jóvenes, cabe destacar la creciente concentración en las puertas del mercado de trabajo, que se refleja en el aumento continuo de personas que buscan trabajo por primera vez. Sobre todo entre los jóvenes, el fuerte aumento de las tasas de participación fue paralelo al incremento de quienes querían por primera vez incorporarse al empleo.

En el período de la crisis se registró un alza de la proporción de jóvenes que asistían a establecimientos educacionales, y asimismo de la proporción de estudiantes activos. El análisis de los datos muestra que, en rigor, ha decrecido el porcentaje de estudiantes efectivamente ocupados y aumentado el de estudiantes desocupados y que buscan trabajo por primera vez. Las instituciones de enseñanza siguen siendo el canal prin-

cipal para el desarrollo de estrategias de inserción estable en el sistema productivo, por cuanto amplían el panorama de alternativas, y además dan facilidades de acceso a ciertos servicios y un marco apropiado para la sociabilidad entre pares.

El grupo de los jóvenes que han logrado integrarse a la estructura ocupacional lo ha hecho en las categorías de asalariados de la industria, el comercio y los servicios sociales y personales. Durante el período de reactivación económica de la segunda mitad de los años setenta, se observó un desplazamiento hacia el empleo público, posiblemente como consecuencia, por una parte, del vacío dejado por los adultos expulsados por razones políticas o atraídos por la dinámica generada en el sector privado, y, por otra, de la expansión de los efectivos militares. Una vez instalada la crisis, tanto los jóvenes como los adultos —pero más los primeros— se vieron empujados hacia posiciones marginales en la estructura productiva, y se incrementó la presencia juvenil entre los empleados por cuenta propia y los trabajadores familiares sin remuneración.

La migración de los jóvenes a otros países ha constituido un rasgo central del telón de fondo sobre el que se proyectan las vicisitudes de estos grupos. Esta ha sido fundamentalmente activa, masculina y joven. En algunos años, como entre 1974 y 1975, la masividad del fenómeno llegó a reflejarse en una caída brusca del peso relativo de los jóvenes en el total de los desocupados.

La estructura demográfica del país es otro rasgo importante de ese telón de fondo. Mientras que en América Latina más de una de cada tres

³Sólo a partir de junio de 1985, la encuesta de hogares de Uruguay comenzó a considerar como activas a las empleadas domésticas que trabajaban en hogares particulares.

personas en edad activa es joven, en Uruguay la relación es de menos de una de cada cuatro. Los actuales patrones demográficos del país, y particularmente el mantenimiento de las causas que han generado el proceso de migración selectiva, no permiten anticipar grandes cambios en esta situación.

La degradación de los niveles de vida de los hogares parece haber afectado algunas pautas sociodemográficas de los jóvenes. Esto se manifiesta en el descenso de las tasas de nupcialidad de hombres y mujeres. Han aumentado también las dificultades para crear hogares independientes y, consecuentemente, la proporción de parejas que no logra autonomía con respecto al hogar de origen de alguno de los cónyuges. Este proceso parece estar en la base de la reducción observada en la proporción de hombres jóvenes casados que son también jefes de familia. De confirmarse estas tendencias, sería necesario investigar sus efectos sobre los cambios en la fecundidad por retraso de la procreación, así como en la participación femenina en el mercado de trabajo, por la mayor disponibilidad de tiempo que significa este retraso.

Finalmente, quizás el fenómeno más notable del empleo juvenil en el último decenio haya sido el fuerte crecimiento de las tasas de participación femenina. Ni la discriminación en el mercado de

trabajo, ni las dificultades progresivas para su incorporación efectiva, ni las remuneraciones sistemáticamente inferiores a las de los hombres jóvenes, han logrado desalentar su creciente voluntad de participación de las mujeres en el trabajo. A modo de hipótesis, podría sugerirse que a este fenómeno han contribuido por una parte la crisis, al legitimar la salida de las mujeres del hogar hacia el mercado; por otra, la migración predominantemente masculina y el consecuente descenso de la proporción de hombres en la población de Montevideo, al reforzar la tendencia hacia una mayor independencia femenina y al alejamiento del rol tradicional doméstico, y, por último, el menor acceso a la sociabilidad que tiene la mujer joven en la sociedad montevideana (en comparación con los varones de su edad), lo que convierte a los lugares de trabajo en ámbitos privilegiados para contactos estables entre pares y para encontrar pareja. En la medida que la observación de la realidad demuestre que estos mecanismos efectivamente dan cuenta de la dinámica reciente de la participación femenina en Montevideo, podrán añadirse nuevos elementos a la explicación tradicional de los determinantes de la incorporación de la mujer al mercado, incorporando las dimensiones demográficas y culturales que refuerzan o debilitan el proceso de secularización de los roles femeninos.

Referencias bibliográficas

Dirección General de Estadística y Censos (1983): *Encuesta de Migración Internacional*: Noviembre 1981-Mayo 1982: Montevideo.

Taghioretti, G. (1977): Expectativas ocupacionales y predis-

posición migratoria en estudiantes secundarios de Montevideo: *Punto 21*, Vol. 3, N° 3.

Wonsewer, I. y Ana M. Teja (1983): *La emigración Uruguaya 1963-1975*. Estudios CINVE N° 5: Montevideo.